

EL DIALOGO FE-CULTURA EN EL CONTEXTO UNIVERSITARIO

Alberto Ramírez Z.

Reflexiones presentadas en la Semana del Pensamiento católico para la clausura de las labores del Micro-curriculum, con base en el Discurso del Papa a los intelectuales y al mundo universitario del 5 de julio de 1986.

El pasado 5 de julio del presente año de 1986 tuvo lugar el encuentro del Santo Padre con el mundo de los intelectuales y de los universitarios, encuentro que, a la vez, tuvo una significación especial para la Universidad Pontificia Bolivariana, en la conmemoración de los 50 años de su existencia. Podríamos decir que este encuentro constituyó un testimonio de una cuestión de primera importancia en nuestros días: la del diálogo entre la fe y la cultura.

1. Identificación de los interlocutores en este diálogo y sentido general del mismo.

El carácter obvio y aparentemente evidente de las no-

ciones de fe y de cultura hacen que ellas sean utilizadas sin mayores precisiones, como concretizaciones de lo que constituye su verdadera realidad. En cierta forma, no existe la fe en sí misma, ni tampoco existe en sí misma la cultura: existe el hombre creyente y existe el hombre culto. En ambos casos, hay algunos aspectos que conviene señalar:

En cuanto a la cultura conviene señalar, por una parte, que ella es el hecho humano total, ya adquirido por innumerables realizaciones, que han tenido a todos los hombres como protagonistas. En este sentido, hay que insistir en la dimensión colectiva del fenómeno cultural: no es ella el producto de los esfuerzos de un individuo, sino el resultado de toda la empresa humana. Pero, por otra parte, la cultura es el proyecto humano ideal, lo que el hombre quiere construir, lo que se cultiva como proceso para la existencia del futuro. El Papa afirma :

"(La cultura) es la expresión completa de la realidad vital (de un pueblo) y la abarca en su totalidad: valores, estructuras, personas".

Y en lo referente a la identidad cultural de un pueblo, el Santo Padre señala :

"La identidad cultural es un concepto dinámico y crítico: es un proceso en el cual se recrea en el momento presente un patrimonio pasado y se proyecta hacia el futuro, para que sea asimilado por las nuevas generaciones".

El hombre, por lo tanto, persona y comunidad, heredero de un patrimonio cultural y protagonista de una historia hacia el futuro, es uno de los interlocutores del diálogo sobre el cual hablamos.

En cuanto a la fe, también es útil precisar aquí algunas cosas. El hombre creyente es la persona caracterizada por una actitud integral, que está en condiciones de ver la vida y la realidad con una mirada profunda, desde Dios, y de actuar también a partir de una opción que

tiene las mismas características. Persona individual, pero también necesariamente en el Cristianismo, miembro de una comunidad, sujeto eclesial, por lo tanto, que vive su vida humana como existencia religiosa. Varios términos están contemplados en esta descripción del hombre creyente: el de la fe, el de la Iglesia y el de la religión.

El otro interlocutor en el diálogo es, por lo tanto, el hombre creyente y es necesario insistir en el hecho de que el diálogo, sobre el cual hablamos, tiene que llegar hasta el plano de la fe: no se trata de un diálogo considerado simplemente en un plano, en cierto sentido institucional, entre Iglesia y cultura; ni tampoco simplemente de un diálogo entre cultura y religión, en el sentido de religiosidad. El diálogo abarca todo esto, si se quiere, pero tiene que llegar a ser un diálogo fe-cultura.

El Papa ha insistido, de manera muy significativa, en el mutuo aporte de cada uno de los interlocutores en el diálogo:

"La iglesia necesita de la cultura, lo mismo que la cultura necesita de la Iglesia ...

"La cultura supone y exige una 'visión integral del hombre' entendido en la totalidad de sus capacidades morales y espirituales, en la plenitud de su vocación. Aquí es donde radica el nexo profundo, 'la relación orgánica y constitutiva' que une entre sí a la fe cristiana y a la cultura humana ... : la fe ofrece la visión profunda del hombre que la cultura necesita; más aún, solamente ella puede proporcionar a la cultura su último y radical fundamento. En la fe cristiana la cultura puede encontrar alimento e inspiración definitiva".

"Pero la conexión entre fe y cultura actúa también en dirección inversa. La fe no es una realidad etérea y externa a la historia, que, en un acto de pura liberalidad, ofrezca su luz a la cultura, quedándose indiferente ante ella. Al contrario, la fe se vive en la realidad concreta y toma cuerpo en ella y a través de ella. 'La síntesis entre cultura y fe no es sólo

una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no acogida plenamente, no pensada por entero, no fielmente vivida' ... La fe compromete al hombre en la totalidad de su ser y de sus aspiraciones. Una fe que se sitúese al margen de lo humano, y, por tanto, de la cultura, será una fe infiel a la plenitud de cuanto la palabra de Dios manifiesta y revela, una fe decapitada, más aún, una fe en proceso de autodisolución. La fe, aún cuando trascienda la cultura y por el hecho mismo de trascenderla y revelar el destino divino y eterno del hombre, crea y genera cultura".

El texto del Discurso del Papa es denso, pero suficientemente claro para señalar algo profundamente valioso: hay que llevar este diálogo hasta el nivel de la fe. En este nivel, la fe como actitud radical, fecunda desde las raíces, con sentido profundamente humano, la cultura. Es el proyecto de la "defensa y promoción del hombre integral" es cuestión de valores e ideales decisivos. Una cultura sin valores fundadores y sin ideales que constituyan una reserva inagotable, es superficial y vacía, corre serios riesgos de deshumanización. Pero la existencia en la fe no puede ser una existencia sin encarnación cultural orgánica, pues llegaría a convertirse en una superestructura teórica, en sentido peyorativo, e ineficaz, en ciertas circunstancias desubicada e incomprensible, con riesgos de "autodisolución".

Es muy exigente, en cierto sentido atravesada, la expresión por medio de la cual el Papa señala la necesidad de integración intrínseca entre fe y cultura: "Una fe que no se hace cultura es una fe no acogida plenamente, no pensada por entero, no fielmente vivida".

La expresión, "la Iglesia necesita de la cultura, lo mismo que la cultura necesita de la Iglesia" llega, por lo tanto, a revestir en el Discurso del Papa el sentido más existente que es posible señalar: la fe necesita de la cultura, lo mismo que la cultura necesita de la fe.

2. El papel de la Universidad en una sociedad, para el desarrollo cultural y para la determinación de la identidad cultural de un pueblo.

"La educación es una actividad humana en el orden de la cultura". Es una afirmación evidente que presenta el Discurso del Papa, para insistir además en que ella es "la primera y esencial tarea" de la cultura. En este contexto habla el Papa de la Universidad, de la que ofrece una descripción muy completa en otro lugar: "...las Universidades como tales, sea en su acepción de conjunto de profesores y de estudiantes, sea como centros donde el saber, globalmente considerado, se hace objeto de investigación, enseñanza y aprendizaje, son un campo propicio, para orientar eficazmente la cultura y la sociedad de una nación, de un continente".

En nuestra patria se han realizado progresos muy importantes en lo referente al descubrimiento del sentido de la Universidad, de tal manera que podríamos decir que actualmente existe una "teoría" suficientemente clara del hecho universitario. Lo dicho por el Papa concuerda muy bien con los logros adquiridos entre nosotros en este esfuerzo.

Es indiscutible que el hecho universitario, aún en la forma tradicional conocida entre nosotros, que no revelaba una auténtica concepción universitaria, ha desempeñado una importante función en relación con el rumbo de nuestra cultura. El llamamiento del Papa, unido con la nueva situación que vivimos, fortalece las posibilidades de la Universidad al respecto e invita a un mejoramiento de nuestras instituciones.

Si se recuerda la trayectoria histórica de nuestras Universidades Occidentales, que se remontan, en alguna forma, hasta el fenómeno medieval del Siglo XIII, se puede hacer caer en la cuenta de la importancia de algunos elementos que deben contribuir al progreso de nuestras Universidades. La Universidad original constituía una comunidad universitaria ("universitas magistrorum et scholarium"); posteriormente designó la totalidad de la empresa sistemática del conocimiento y también, lamentablemente,

el conjunto de las instituciones o de las realidades físicas y reglamentarias. En el proceso que hemos vivido hay que señalar la pérdida del sentido humano, comunitario de la Universidad; la pérdida del sentido integral de la empresa del conocimiento, por el hecho de la especialización de la ciencia.

La experiencia histórica y la capacidad crítica que hoy conocemos, dan razón para señalar con optimismo la posibilidad que tiene la Universidad para ser espacio privilegiado en la dinamización del desarrollo cultural de los pueblos.

Es cierto que la ciencia no se identifica completamente con la cultura, pero también lo es que ella, como conocimiento sistemático, es tal vez el núcleo dinamizador de la cultura. Y su espacio privilegiado es la Universidad.

Tiene una trascendencia enorme, en general, pero muy especialmente para nosotros, la indicación según la cual este espacio también es privilegiado para determinar la identidad cultural de nuestros pueblos. No podemos pasar por alto las afirmaciones del Papa:

"La Universidad, por ser lugar eminente de educación en todos sus componentes -personas, ideas, instituciones- puede proporcionar una contribución que va más allá de la pura conciencia de la identidad cultural nacional y popular. La educación como tal, impartida por ella, puede ofrecer una profundización y un enriquecimiento de la cultura misma del país".

Por qué es tan importante la identidad cultural de un pueblo y por qué hay que poner tanto empeño en dinamizar las instancias que la hacen posible? Porque sin ella, la libertad de los pueblos es ilusoria. Porque sin ella se sacrifican posibilidades preciosas particulares, en aras de una universalidad mal entendida, aprovechada sólo por algunos y, en ciertas circunstancias, en su forma más superficial. No existe, por ejemplo, una invasión lamentable de influjos foráneos, que constituyen sólo "una moda" en nuestro ambiente y que atrofian nuestras capacidades creadoras? El Papa ha recordado características muy valio-

sas de nuestra identidad cultural, que deberían ser fomentadas y profundizadas por nuestras instituciones universitarias y educativas:

"Hay valores típicos que caracterizan a la cultura latinoamericana, cuales son, entre otros, el anhelo de cambio, la conciencia de la propia dignidad social y política, los esfuerzos de organización comunitaria, sobre todo en los sectores populares, el creciente interés y respeto de la originalidad de las culturas indígenas, la potencialidad económica para hacer frente a las situaciones de extrema pobreza, las grandes dotes de humanidad que se manifiestan, sobre todo en la disponibilidad para acoger a las personas, para compartir aquello que se tiene y para ser solidarios en la desgracia".

Con esta cita de Puebla, el Papa proclama la capacidad original con la cual nuestro pueblo puede enfrentar sus grandes desafíos:

"... el movimiento migratorio del campo a la ciudad, el influjo de los medios de comunicación social con sus nuevos modelos de cultura, la legítima aspiración de promoción de la mujer, el advenimiento de la sociedad industrial, las ideologías materialistas, el problema de la injusticia y de la violencia ...".

3. El papel de la Universidad Católica en el diálogo fe-cultura.

El diálogo fe-cultura es un proyecto pastoral que, desde el punto de vista de la Iglesia, debe extenderse a todos los ámbitos. Pero en este diálogo tiene especial responsabilidad la Universidad Católica hasta el punto que de otra manera no se podría entender cuál es su verdadera identidad ni se podría explicar, por razones definitivamente válidas, su existencia.

Qué significa, desde el punto de vista de este diálogo, que una Universidad es católica ?

No que la actividad científica esté aquí condicionada institucionalmente por la Iglesia o por la religión. La

verdad no puede tener condicionamientos limitantes; también la verdad científica tiene que ser una búsqueda respetada y querida por quien existe en función de la verdad última, la Iglesia.

Tampoco simplemente que la Iglesia, en cuanto institución, sea patrocinadora de la institución universitaria. Es valioso el hecho histórico del surgimiento, a partir del patrocinio de la Iglesia, de Universidades privadas y, en concreto, de la Universidad Pontificia Bolivariana. Pero no se agota aquí la responsabilidad que le compete a estas instituciones, en virtud de su identidad.

El problema está en el hecho de la existencia de la Universidad Católica como espacio en el cual se da importancia de primer orden al diálogo fe-cultura.

Se trata de un propósito de la comunidad universitaria y de su proyección en la sociedad: el propósito de la Universidad no puede ser simplemente la capacitación académica excelente de sus miembros, lo que de todas maneras tiene que estar contemplado en su característica de Universidad; ni puede ser la rápida producción de profesionales que tengan posibilidades de un éxito en la sociedad, que no es el éxito noble. Si una Universidad Católica pudiera señalar su calidad solamente porque ofrece una formación académica y una capacitación profesional de excelencia y porque sus egresados encuentran una ubicación privilegiada en la sociedad y nada más, estaría lejos de cumplir con los objetivos que le son propios.

La institución universitaria católica tiene que despertar actitudes fundamentales en las personas, para interpretar el mundo y para comprometerse en la sociedad. Actitudes que sean profundamente humanas, que respondan a valores e ideales decisivos; sensibilidad frente a valores e ideales que tengan fuerza de transformación para la sociedad. Este objetivo ambicioso engrandece a cualquier institución y todas deben adoptarlo en alguna forma. La Universidad Católica tiene una responsabilidad ineludible en este campo.

Podríamos decir que la Universidad Católica está abierta a un horizonte de fe y al diálogo, en este nivel, con sus ofrecimientos académicos. Un horizonte que de todos modos es tan abierto, que permite aún lograr los objetivos independientemente de la pertenencia efectiva a la Iglesia (la Bolivariana, por ejemplo, acepta por principio estudiantes no católicos).

Desde sus intenciones más determinantes, la Universidad Católica debe fundamentar este diálogo. Estas consideraciones han sido preparadas para concluir las labores del Micro-curriculum en este año y con ocasión de la Semana del pensamiento católico. El Micro-curriculum de la Universidad ha tratado de responder a esta búsqueda. Otras instituciones universitarias también han visto la importancia de trabajar en este sentido y han establecido una base humana de todo el proyecto universitario. Las instituciones que no presentan nada en este sentido son siempre menos numerosas y precisamente la explicitación de una base humana bien profunda de toda la actividad universitaria es demostración de la calidad de la institución. El Discurso del Papa nos entrega una riqueza muy grande para animarnos a trabajar en este sentido.